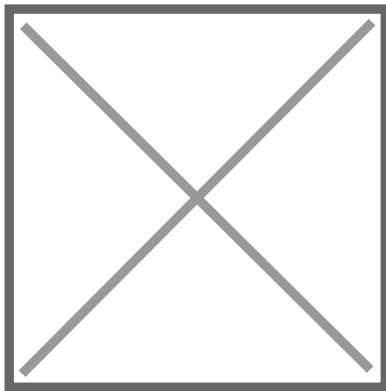




El verso que no muere

Se detuvo el frío en los montes y la nieve sobre el Copihue, viento helado de septiembre, mató el corazón de la rosa". Un verso escrito por el recordado Raúl Chávarri, en España, resume el dolor y la rabia por la muerte del poeta chileno Pablo Neruda. Pero fue otro intelectual hispano, Guido Castillo, el que gritó su lamento en Cuadernos Hispanoamericanos: "La muerte que termina por destruir a un hombre, también termina por construirlo...".

Nadie discute ya a Neruda. Tampoco se discute el Himalaya. Unos pocos tratan de descubrir sus cumbres y mirar desde ellas al mundo. La mayoría lo contempla desde lejos, alzado contra el sol. Desde Rubén Darío, ningún poeta de la lengua de Garcilaso y de Góngora, de Sor Juana y de Quevedo, ha tenido el impacto y la influencia universal de este poeta tan inmenso y tan chileno, cuya muerte recordamos así, como al pasar, en este 23 de septiembre.

Siempre será oportuno recordar lo que dijo una vez la sencilla maestra chilena Gabriela Mistral cuando ganó en 1945 el Premio Nobel de Literatura, primero para esta América nuestra: "Si la Academia de Estocolmo quería honrar la poesía de mi país, debería haber dado el galardón a Pablo Neruda, que es el poeta más grande de mi patria".

La inmensidad de su poesía impide no referirse a ella cada vez que



Pablo Neruda

recordamos su muerte. Nos figuramos verlo presente en España y en Machu Picchu, en Temuco y Parral, en Moscú y en Estocolmo, en la población embarrada y en el tugurio del moribundo. Pero se murió "de tristeza y de dolor", tal como le sucedió con lluvia abrilina al cholo César Vallejo. A veces se mata al poeta matando su poesía de claridades más temática más ardor más esperanza, para empezar de nuevo hay que reconstruir las ruinas, hay que crear esperanzas "porque lo dije: creo que mis deberes de poeta no sólo me indicaban la fraternidad con la rosa y la simetría, con el exaltado amor y con la nostalgia infinita, también con las ásperas ta-

reas humanas que incorporé a mi poesía".

Hace trece años tres palabras cubrían los noticieros del mundo: El pronunciamiento o golpe, Chile, Neruda. "La poesía es inseparable de los hombres", escribe Rafael Canto, ofendido por tantas tentativas con que se pretendió, a la muerte del poeta, convertirlo en un mármol exquisito y mezquino, y esta es la gran lección de este poeta singular, honra del idioma castellano, gloria de nuestras letras y de la historia del mundo en este siglo abrumador. Muerto de cáncer el domingo veintitrés de septiembre de mil novecientos setenta y tres, un cáncer, dice Félix Grande, que no tuvo siquiera la compasión de matarlo un mes antes, Pablo Neruda, el gigante de la memoria, el alto y vasto profesor de memoria, entró en la memoria del mundo. Y aunque esté muerto, este hijo de obrero pobre de Chile y Premio Nobel de Literatura 1971, será siempre el poeta del hombre que sufre, poeta de su tierra, de los océanos, los bosques y la lluvia que gotea en las casas de los pobres...

Todavía recordamos ese verso "sube a nacer conmigo, hermano". Es como un símbolo de la poesía que es también mensaje que legó a su patria, y que en este decimotercer aniversario de su muerte aumenta la vigencia de su verso, duro y eterno como la piedra.

S.

Al Sur, Concepción, 3-X-1986 p. 3.

El verso que no muere [artículo] S.

Libros y documentos

AUTORÍA

S

FECHA DE PUBLICACIÓN

1986

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El verso que no muere [artículo] S. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile